

Pedro Peralta y Barnuevo: Radiografía de un tiempo, una sociedad y un hombre

por

Luis Alberto Sánchez

Si hay estrictamente autores "malditos", uno de ellos podría ser Peralta. No en el sentido en que se aplicó el adjetivo a los poetas franceses "fin du siècle" (Verlaine, Rimbaud), sino en la más amplia y menos técnica connotación, réprobo, especie de árbol caído (o sin caer) del que todos hacen jubilosamente leña. Podríamos intentar una comparación algo exagerada, pero sin embargo válida: durante todo el siglo XIX fue tópico entre los críticos literarios españoles, confesarse incapaces de entender a Góngora o resueltos a no hacerlo: de esta manera, siendo unánime el veredicto crítico, quien aparecía como inhábil o inferior era el cordobés, no sus exégetas. Llegóse al punto de que hasta Menéndez y Pelayo, tan ponderado y lógico, aunque no tan sensible a la belleza formal, motejó de mala manera el gongorismo. Con Peralta ha ocurrido casi igual. Todo crítico de las letras peruanas, con deseos de ser bien apreciado, empezaba diciendo mal del autor de **Lima fundada**. Con ello se cometía una doble injusticia y se incurría en un redoblado error. Porque si Peralta, por una razón u otra, o sin otra razón que el hecho en sí, es y fue tenido como representativo de la Universidad, su sociedad y su tiempo, el atribuirle sólo deméritos implicaba e implica demeritar a la Universidad y a su tiempo y a su atmósfera, lo cual resulta inexorablemente antihistórico y, por ende, anticrítico, es decir, antifilosófico y por tanto inadmisibile.

Una época es eco y fruto de mil circunstancias, entre otras las excelencias y deficiencias de la era anterior, y al par que productora de las deficiencias y excelencias de la época siguiente. En la historia no existen islotes incomunicados. Por tanto, si una época posee y luce un personaje emblemático que la sintetiza y decora, la

depreciación de este personaje conlleva implícita depreciación de la sociedad y el tiempo en que vivió. Los adoradores de la Lima virreinal no tienen otro camino que confesarse admiradores de Peralta, porque la encarnó a cabalidad. Los que sin admirar aquel período, reconocen como debe ser sus fulgores y penumbras, no pueden tampoco eludir el reconocimiento de quien concentra estas penumbras y aquellos fulgores, a quien fue su portavoz y símbolo. Si don Ricardo Palma, que se burló tan donosamente de muchos de los mitos virreinales, se detuvo ante Peralta, calificándolo con desprecio, y llega a una morisqueta bufa, al caricaturizar algunos de sus extremos verbalistas, ello se debe a que, buen catador de zumos, Palma se daba cuenta de que no sólo había en don Pedro un buen bebedor, sino que su capa no era del todo mala (1).

Además, concurre al despiste de la crítica decimonónica y aun veintosecular respecto de Peralta, otra circunstancia inexplicable. Los elogios o diatribas arrojadas, en implacable pedrisca, contra Peralta, tienen su origen en imaginarlo a él nada más (nada menos, también) que literato, y de contera jurista. Pero los hechos dan fe de otro suceso: la única cátedra que ejerció Peralta en la Universidad de San Marcos, fue la de Prima de Matemáticas; su único cargo oficial, el de Cosmógrafo Mayor y el de Contador de Reparticiones; el único honor, el de Miembro de la Sociedad de Ciencias de París, y sus mejores panegiristas se llamaron Feuillee, Frezeir, Feijóo, es decir, gente de ciencia. O sea que lo primero por hacer con respecto a Peralta es volverlo de revés, o sea juzgarle de nuevo. El homenaje tricentenario de ahora debería ser tributado por los científicos, en lugar de los literarios. Resulta al revés, la paradoja adquiere caracteres de sorna.

En la obra de Peralta, hay muy poco de puramente literario; lo más fue de circunstancia política, literatura burocrática aderezada con gusto (no digamos aún si bueno o malo). Pero, ni la **Historia de España vindicada**, ni la **Memoria** de Castelfuerte, ni las valiosas notas de **Lima fundada**, ni la **Pasión y triunfo de Cristo**, ni sus prólogos a Bottoni y a Petit; ni sus estudios sobre la obra de Koenig; ni sus **Pronósticos de los tiempos**, nada de eso cae dentro

(1) Cfr: R. Palma, **Prólogo a Flor de Academias**, Lima, 1899 y "Los Plañideros del siglo pasado" en **Mis Últimas Tradiciones Peruanas**, Barcelona 1910.

de la órbita literaria, salvo por su elegante estilo, en cuyo caso está perfectamente justificado que los **Comentarios** de César, las **Memorias** de Saint Simon, las de Winston Churchill y las del Duque de Windsor puedan caer bajo el dictado de obras literarias.

La preocupación esencial de Peralta fue la de ser exacto y garano. Su ambiente era de pequeña corte, de **élite** ultraconcentrada, de público poco alfabeto y por tanto contaba con escasos pero exigentes lectores, miembros de una absorbente oligarquía intelectual. No se admitía en esa época ni que Bossuet aconsejase sin pompa, ni que Saavedra Fajardo cediese a la facundia así como no se habría admitido que Guicciardi escribiese la historia de Florencia al ras del suelo, ni que Maquiavelo tratase del **Príncipe** sin elegancia. En todos los países europeos (y por ende en sus provincias ultramarinas o colonias) regía el principio de la cortesía que es no sólo gesto amable, sino también frase oportuna y concepto claro.

Lima no era una excepción de la regla. No podía serlo. Porque Lima, igual que México, solía ser más exigente que Madrid y pretendía parecerse al París de las "preciosas"; tenía vocación de Rambouillet más que de Escorial. Cuando, refiriéndose a connotado personaje mexicano de aquel tiempo, el doctor Cárdenas lo definía llamándolo "solemne como un indio", estaba calificando al par a indios y españoles es decir, al americano. Ambas razas, eran imperiales y, por tanto, amigas de la solemnidad: la primera de todas es siempre la del lenguaje. Hasta hoy, esta solemnidad del lenguaje, este formalismo, se cultiva principalmente en las provincias, más pagadas de su decoro que las capitales, propensas éstas a la bohemia y la informalidad. Ocurre al respecto lo que con las gentes: las clases altas suelen ser desaprensivas en sus modales hasta llegar al involuntario agravio de los otros; los más modestos "guardan las formas" con celo y hasta crueldad. Lima pertenecía a la clase media de las urbes; se hallaba en trance de crecimiento, tratando de parecer lo que no era: capital de Reino auténtico. Sus hijos llevaban el compás a tal anhelo. Por eso, cuando surgía una moda, cualquiera que ella fuese (literaria, de pensamiento de atavío o de trato), las capitales remotas, las provincias, se adherían a ella con el mismo énfasis con que las elegantes apovincianadas se jactan muy de Christian Dior, Patou o Balenciaga a quienes

París aprecia, pero no idolatra. Lo propio pasa con la literatura; entonces, quiero decir en el siglo XVII, sucedió así.

Si comparamos la situación cultural de España con la de América en esa etapa, comprobaremos lo que acabamos de expresar.

Peralta, según se verá, nació en 1664. Coloquemos la fecha en medio de sus coordenadas cronológicas.

En 1627 había muerto don Luis de Góngora, dando lugar, como piedra caída en un estanque, a que los círculos producidos por dicha caída fuesen ampliándose, creciendo más y más hasta rebasar los bordes. Para entonces, la España de los Habsburgos había realizado el doble y contradictorio viaje que refleja su apogeo: concentración en la península, ampliación en ultramar; aislamiento del centro, esparcimiento de la periferia. Mientras barcos y tercios buscaban nuevas fronteras, los cortesanos y su cohorte de rúbulas se concentraban en la sierra de Guadarrama, sobre la llanura más esteparia de Europa Occidental, en un nido de monjes que pudieron ser águilas del Escorial. La tradición en todo esto es fuerza y ambición. Cuanto más se logra, más se buscan lujo y melodía.

Por esos años, empezaba a desarrollarse la vida cultural en América Española. Ciertamente ya habían pasado "el charco", según la acuñada expresión cotidiana de ahora, ingenios tan célebres como Mateo Alemán y Gutiérrez de Cetina, ambos avecindados en México por algún tiempo, el segundo hasta morir descalabrado en la ciudad de Puebla de los Angeles. Además se empezaba a considerar el destierro en Ultramar, como una posibilidad de áureos ocios, según lo revelaría el cuarto virrey del Perú, Conde de Nieva, quien vino en 1669, trayendo sus guitarreros y coplistas, profesores de danza y azafatas, todo muy bien aderezado para pasar la vida lo mejor posible, al punto de que por tratar de pasarla tan bien el infeliz Visorrey pereció nocturnamente a golpes de "manganello" o sea de mangueras llenas de arena. Pero, nada de esto era otra cosa que síntoma; no era el mal ni el bien en sí. Porque si desde el punto de vista del arte plástico, ya teníamos entre nosotros a Mateo de Alessio, discípulo de Miguel Angel, y a una catterva de pintores de caballete, de las escuelas italiana y de Sevilla, no es menos exacto que, en materia literaria, no salíamos de la crónica, el poema de oportunidad y la pieza teatral cortesana. El

idioma corría la suerte del imperio español. Si a italianizar llamaban, como ocurrió en los tiempos de Enrique Garcés, Diego Dávalos y Figueroa, Diego Mexía de Fernangil y Diego de Hojeda, esto es entre 1591 y 1615, pues todos los exquisitos "italianizaban", buscando modelos en Petrarca, Tasso, Ariosto, Sannazaro y a veces hasta en Alighieri. Pero, ya en 1630, las letras habían dado un vuelco, y las ciencias también. Ese año, apareció en Lima un poema conmemorativo, compuesto por un joven fraile de menos de treinta años, Fray Juan de Ayllón, quien, entusiasmado por el heroico sacrificio de veintitrés misioneros católicos en el Lejano Oriente, en el Japón, escribió un felizmente breve logogrifo rimado. Fray Juan de Ayllón, de la Ciudad de San Francisco, había nacido en Lima, pero tenía el alma puesta en España, y como en España se discutía entonces la contradictoria fama de don Luis de Góngora, Ayllón se identificó con éste, con su estilo corsucante, engorgueado, abundoso, perifrásico, abigarrado, sonoro y deslumbrante.

El impacto del **Poema a las Fiestas a los veintitrés mártires del Japón**, publicado en 1630, produjo un efecto semejante al que causaron **Trilce** en la despreocupada Lima de 1922, **Prosas profanas** en el Buenos Aires de 1896, **La Araucana** en la España de 1590 y los **Comentarios Reales** del Inca Garcilaso en la Europa no de su tiempo, sino de dos siglos después, hacia 1780; fue un disparo, un rayo, una centella, una sorpresa, un germen. Como ocurre en casos semejantes la lluvia se descarga más sobre el observador desprevenido. «Llovió gongorismo implacablemente desde 1630. Peralta crecería en olor y sabor de gongorismo; éste constituyó su atmósfera.

Los escritores hechos y los en agraz se sintieron comprometidos a competir en rarezas expresivas, en el manejo del hipérbaton y la paráfrasis, la metáfora, y la sinécdoque, la anáfora y la metonimia; toda la gama de recursos retóricos. Fue una verdadera sacudida a la imaginación criolla; un verdadero sembrar a voleo: No tardó en verdear la empinada ladera del Pindorimense. El agustino Alecio, hijo del pintor ya nombrado, publica en 1645, un animado y armonioso poema sobre la vida de Santo Tomás de Aquino, escrito en ágiles quintillas, reunidas bajo el título de **El Angélico**. Menudearán poemas y discursos en forma cada vez más crespada, de lo que se da testimonio cabal tanto en **La Imprenta en Lima**

de Medina como en algunas historias literarias, entre ellas la mía propia. Hasta que todo ello desemboca en un grito, (así podría llamársele); en una voz quebrada, pero llena de melodía, en la **Apología** de D. Luis de Góngora, por don Juan de Espinosa Medrano, conocido por el mote de "El Lunarejo", libro impar por su vigor y su gracia, aparecido en 1662; dos años después nace Peralta.

La **Apología**, según la carátula de la primera edición, pero más conocido por el **Apologético**, alcanzó rapidísima difusión. Treinta y dos años después era nuevamente editado, en casa de Juan de Quevedo. Ahora se le ha reimpresso en 1925 y en 1938 y en París.

No se trataba sólo de este libro del "Lunarejo", sino que toda su literatura era objeto de encomio y hasta devoción. Los episodios que refieren sus biógrafos, en especial el prologuista de **La Novena maravilla**, no dejan lugar a dudas. Sabemos que, conforme al testimonio del historiador quiteño P. Juan de Velasco, cuando Espinosa Medrano predicaba el templo se colmaba de admiradores y las beatas acudían a prisa, despavoridas por el miedo de no hallar asiento. La verba del Lunarejo era proverbial. Sabía presentar los temas sacros con engolosinamiento pagano. Constituían su retórica los más característicos elementos del barroco español. Era un destrísimo manipulador de la paráfrasis y la metáfora. Poseía una solemnidad ajena a su juventud, pues fue su vida como un rayo, breve y cegadora; nació no antes de 1639 y para 1688 era ya difunto.

Sería absurdo negar la influencia del **Apologético** y la de su propio autor. Aparte los episodios referidos por el P. Juan de Velasco y por el autor de los **Anales del Cuzco**, es evidente que cada uno de sus sermones concitaba grandísimo interés, y que sus escritos originaban pasmo y admiración. ¿Sería a causa de su profundidad, de su dialéctica, de su hondura? Pienso que no. Ni siquiera creo que fuese por su indudable piedad. Tengo más bien la vehemente sospecha de que lo que celebraban en él era su estilo, su dicción, sus metáforas. Espinosa Medrano era, según se diría en términos deportivos de ahora, un campeón de la elegancia, un "recordman" de la dialéctica más sutil. ¿Podría alguien atreverse a negar la donosura e ingenio de párrafos como el que sigue, extraído del **Apologético** (Sección I)? Comprobemos:

No sé qué Furia se apoderó de Manuel de Faria y Sousa, para que de comentador de Camoens se pasara a ladrador de Góngora; pudiera este hidalgo correr su Estadio, y proseguir su Estudio sin enturbiar con polvo tan ruin el honrado sudor de su fatiga. Vileza es del ingenio, no acertar con los fines del aplauso, sino tropezando en los medios de algún descrédito. Vituperar las Musas de Góngora no es conectar la Luziada de Camoens: morder para pulir, morder para solo roer hazaña será de perro. Cuando al libro le haga bueno la erudición propia, nunca le hace, ni aún razonable, el deslucimiento ajeno" (2).

Los términos de este párrafo coinciden con los de toda la época. Uno puede estar de acuerdo o no, con los conceptos, pero es indudable que tienen gracia que impresionan por su donosura que son galanos, finos. Cuando se vive en un período en el que expresarse con armonía y solemnidad constituye un valor sustancial, más que una envoltura, nadie debe dejar a las puertas de los libros la dosis de buen gusto de que le haya dotado la naturaleza, ni las de erudición y sapiencia técnica que le hubiere transmitido la Universidad o la hubiese contagiado el trato con gentes de buena pro.

Lo que en el **Apologético** rayaba a tan singular altura, la alcanzaba también "el Lunarejo" hablando de Santo Tomás o del Misterio de la Concepción, al punto de que, de puro alquitarado, se pasaba al estilo profano, sin que se cobrara al autor la audacia de comparar a Cristo con Prometeo, en un alambicado intento de identificar lo divino a lo pagano.

En materia de ciencias no se burlaba tampoco tal regla. Ni el P. Joseph de Acosta, ni el mismísimo Nicolás de Olea, ni el P. Córdova y Salinas, ni el admirable P. Bernardo de Torres, continuador del elegante Calancha, ni éste mismo, dejaron de rendir tributo a la Musa del buen decir, y con ello quemar su incienso a la paráfrasis, a fin de revestir de buena forma y mejor color sus pensamientos. En realidad, las campanas doblaban por el pedestrismo, de que fue emblema la novela picaresca. El entronizamiento gongorista representaba exactamente su antípoda.

(2) Espinosa Medrano, "Apologético" cit. ed. Biblioteca de la Cultura Peruana, tomo 5, pág. 21. París, Brouwer, 1978.

Ahora bien, el del Perú era un Reino en ciería. Estaba constituyendo su corte. La Corona española había mandado representantes de primera fila. Miembros de nobilísimas casas como los Hurtado de Mendoza, Toledo, Esquilache (o sea un Borja de Aragón), Almanza, Zúñiga, el Conde de Lemos, el Conde de Santisteban, el marqués de Montesclaros, se habían sucedido en el Virreinato, llevando a él no solamente la representación real sino también su principesco boato, su alto linaje, su empaque solariego. No sólo habían llegado espaderos, sino también vigüelistas, como los que acompañaron al Conde de Nieva, y rimadores como los que acompañaban al de Esquilache y al de Castell dos Rius. Poco a poco las mujeres se habían venido afinando. Al principio sólo pasaban a América las esposas de soldados, y de funcionarios, pero después se alzó el penacho, se hizo más vivo el fuego, se encumbró el prestigio. Las damas no se limitaban a bordar, orar y a veces combatir, como las celeberrima doña Inés de Suárez en los menesteres de Chile, sino que además solían intervenir en cuestiones de prelaciones protocolares, finezas de gobierno y pequeños escándalos de alcoba. Todo eso conducía a un tipo de convivencia menos basto, más fino. Las expresiones que se cruzaran en semejante trato tendrían que ser cónsonas con el anhelo de superación de sus manejantes. Al ensancharse y afinarse el trato de gentes, hubo de ser más astuto y envuelto. La poesía estaba adscrita al madrigal, al logogrifo, al pie forzado, a la **morbidezza** italianizante. Se hizo tea del penacho, e incieso del humo. En ello coincidieron poetas y científicos, soldados y frailes. Los sermones se guardaron mucho de caer en prosaísmos. Dios ascendió a otra esfera menos divina, más artificial, que aquella en donde acostumbraba a mostrarse a los hombres. Para adorarle mejor, los alarifes retorcián ménsulas, columnas, frisos, capiteles, en un desesperado afán de expresar con esos retorcimientos plásticos los íntimos retorcimientos de sus almas oscilantes entre las numerosas y opuestas verdades que promulgaban la aparición de un mundo nuevo. El barroco fue la expresión natural de tal estado de ánimo.

¿Podían la Iglesia, la Universidad, el Gobierno pasar indemnes por entre ese movimiento avasallador?

No lo consiguieron. Digo, no lo consiguieron si es que lo intentaron. Peralta nacido en el medio de semejantes tendencias con

un pie en la Iglesia a causa de que dos de sus hermanos profesaron como dominicos; con el otro en la Universidad, por ser tanto él como uno de sus hermanos miembros prominentes del claustro; con una mano en el Gobierno, por ejercer el cargo de Cosmógrafo Mayor y la asesoría de algunos virreyes; con la otra mano en la remota España, pensando siempre allegarse a su gloria mediante el prestigio y los derechos de criollo sapiente y leal; Peralta resultó por eso la flor y espejo de aquella sociedad aterida del más vehemente formalismo. Podríamos citar otros casos ejemplificantes: el del P. Rodrigo de Valdez y el de Juan del Valle Caviedes, ambos coetáneos de Peralta. Valdez se dejó arrastrar por el oleaje culterano. Eran tiempos de mostrar sapiencia a costa de citas y transcripciones, sobre todo en idiomas clásicos, especialmente, el latín.

El Padre Valdez quiso anonadar a todo rival posible, y dio a la estampa un **"Poema heroico hispano-latino"** sobre **Las Grandezas de Lima**, escrito sostenidamente en una jerigonza bilingüe, en que ambos olímpicos idiomas hacían de recíprocas muletas para sostener una inspiración en absoluto rampante. El caso de Caviedes, andaluz de nacimiento, pero limeño de adopción y vida, fue distinto. Habría nacido por la misma época de Peralta, pero siguieron rumbos distintos. No me atrevería ya, ni nadie lo haría, a afirmar que fue Juan del Valle Caviedes un buhonero, ignaro y alcohólico, según se acostumbraba presentar hasta hace treinta años. Manejó sus letras y tuvo ancho conocimiento de los usos y modales del gongorismo, al punto de que en algunos de sus poemas deslumbra con sus aletazos cultistas. Pero Caviedes carecía del respeto reverencial de sus émulos con respecto a la sociedad limeña. No en vano solía tratarla al desgaire desde su "cajón de la Ribera", esto es, desde su tenducho situado en los zócalos del Palacio del Virrey. Aprendió ahí a calibrar debilidades y fortalezas. Supo burlarse del amor y sus secuencias.

Escribió versos hirientes a veces, siempre jocosos. Desvistió a la sociedad, a los sabios de su tiempo. Si Peralta no cayó bajo su escalpelo se debió, acaso, a que Peralta no era médico practicante, no, sino sabedor de Medicina, y a que, criollo al cabo, él también se pronunció con cierta mofa acerca de los médicos, a quienes empero rindió en más de una oportunidad su mayor pleitesía.

A propósito de Medicina, Peralta reunió en sí la suma ciencia curandera de su edad, sin ser médico. Curioso de todos los saberes humanos, se adentró en las artes de Galeno, y hasta se atrevió a publicar libros al respecto. Libros retrasados, como el saber colonial. Inevitablemente retrasados. Cuando ya en Europa la teoría de la circulación de la sangre, fletada por Servet y por Harvey, no admitía disputas, Peralta la presentaba al público limeño con cierta osadía, atrevéndose a mencionar a Servet, aunque discrepando expresamente de sus ideas en otros campos. El prólogo de Peralta al libro del médico italiano Bottoni, acerca de la circulación de la la sangre, constituye un reto a la rutina de Sangredo, aunque fuese formulado con un siglo de retraso sobre la teoría en sí. Igual ocurre con sus disquisiciones sobre el "saratán" o cáncer del seno, y con la discusión sobre si los monstruos, es decir los que hoy llamamos hermanos siameses, tenían un alma dividida en dos cuerpos o eran dos cuerpos en que encarnaban dos almas gemelas. Esta polémica hace retrogradar la ciencia colonial a la época en que el P. Vitoria, o sea, hacia 1520, trataba sobre el arduo problema de si los indios tenía alma o no.

En realidad, nuestro siglo XVII sólo fue permeable a las conquistas de la ciencia en proporción doblemente menor; por el reducido número de personas capaces de estudiarlas y por las varias censuras a través de las cuales debían pasar tales conocimientos, censuras que comenzaban en España y concluyen en Perú, en donde la propia Universidad de San Marcos tenía sus exigencias.

A lo último contribuía una circunstancia reglamentaria: el Rector era electo cada año. No había tiempo de que asentase autoridad ni se penetrase de las posibilidades constructivas que le abría su cargo. La competencia de las Ordenes religiosas, si bien servía a facilitar cierto acrecimiento de la enseñanza filosófica, fundada en la teología, en cambio se abría paso a las inquietudes científicas. La misma curiosidad por conocer la flora y la fauna nacional se veía circunscrita a los límites de las Misiones Religiosas y de la Ciencia Oficial representada por los Cosmógrafos e ingenieros del Virreinato. Es sólo a partir del siglo XVIII, y con el cambio de la dinastía austroalemana por la francesa en el Trono de España, cuando se abren los poros del país para recibir el baño lustral de la pericia europea.

La Medicina, según veremos después no se estudiaba en una escuela Ad hoc; había sólo cátedra especial sobre la materia, más no un colegio apropiado. Ello ocurría en forma plena al comenzar el siglo XIX, en 1811, cuando Hipólito Unanue da vida al Colegio de San Fernando.

En cambio se dejaba sentir, como imperiosa y contradictoria presión, la de los conventos y los comerciantes ilícitos, estos últimos a veces vinculados a los corsarios. Cuando nació Peralta todavía se comentaba y con entusiasta insistencia, la audacia de algunos piratas y los milagros de algunos nuevos santos locales. Y aunque el pecado tenía como suele ocurrir, creciente vigencia, lo notable es que no faltaba, como lo demostraron el número de divorcios, la abundancia de cortesanas, las numerosas "Liarisons" pecaminosas (en especial entre los estratos menos cultos y menos blancos) a punto de que no tardaría en llamar la atención del impresionable ingeniero de Luis XIV, Mr. Amedié de Frezier: (3).

En medio de esa creciente atmósfera de cosmópolis, la existencia de José Eusebio Llano Zapata representa un hito importante en la ruta hacia la liberación de los espíritus. Desde luego, y siendo un cabal representantativo peruano no dejará de competir airadamente con alguien de postín y negar al paso algún valor consagrado; destino cabal de la emulación criolla.

Lima había adquirido entonces conciencia de su rango como urbe sudamericana. Los piratas y corsarios, que tantas veces lograron saquear La Serena, Arica, Panamá y Portobelo, ansiaban apoderarse del más brillante emporio de riqueza de esta parte del mundo.

México no les provocaba por la muy sencilla razón de ser inaccesible a causa de su mediterraneidad. Para llegar a la meseta del Anahuac había que cruzar buena parte del territorio de la Nueva España, convencer a sus naturales, desafiar sus montes y derrotar las armas del virrey. Lima, no: estaba a las puertas del mar. Por eso desde 1570 ya se experimentó en esta ciudad el temor inminente del pirata cuando Drake hizo ondear su bandera frente a la Isla de San Lorenzo. Para librarse de tales riesgos, se construyeron las murallas y la ciudad quedó aprisionada dentro de su perímetro

(3) Frezier, VOYAGE A LA MER DU SUD, París, 1720.

armado, dejando fuera de él a los indios de El Cercado y las "barriadas" de forasteros del interior que constantemente pugnaban por ser adoptados por Lima. Era ésta en cierto modo lo que Roma para los bárbaros: foco de irresistible atracción.

En la diligente tarea de modelar la ciudad y sus defensas, tendría Peralta positiva importancia. Sus conocimientos matemáticos y de ingeniería le pusieron en el caso de rectificar los cálculos y sistemas de Koenig, en quien los virreyes habían visto la capacidad y eficiencia de un Vauban.

La coincidencia de tantas circunstancias, como son la cercanía del mar, los merodeos de piratas y el aislamiento militar de la ciudad, fueron invencibles acicates para el contrabandista. La femenina afición al lujo robusteció el comercio ilegal. Los juristas no hallaron modo de contrarrestarlo, dedicándose a discutir problemas doctrinarios dejando para segundo o tercer turno los inmediatos y de hecho.

Bastaría revisar la legislación del siglo XVII para darse cuenta de sus características. Pocas de las instituciones que contribuyeron decisivamente a modificar la fisonomía del virreinato tenían plena vigencia entonces. Reinaba una xenofobia trascendental, basada en la religión y en los intereses políticos y comerciales. Sólo a partir del siglo XVIII, con el cambio de dinastía en Madrid y con el Tratado de Utrecht, se ensancha el horizonte cultural. Primero, se abren las puertas a los franceses; luego, en cierto modo se entreabren a los ingleses; por consecuencia, algunos tudescos pueden también llegar. Los nombres de Feuillée, Frezier, Haenke, La Condamine, Godin, Senierges, Bonpland y más tarde Humboldt representan otras tantas conmociones para la mentalidad limeña. En medio de ellos, Peralta da más de lo que recibe; se constituye en punto de inevitable referencia. Considerando lo que la colonia había podido avanzar, él estaba con mucho en la vanguardia. Sin embargo, no se puede omitir las desventajas de su saber en cuanto a ciencias médicas, físicas y aun filosofía. Las letras y las matemáticas eran su campo. Las manejó con desenvoltura y denuedo; con brillo. El testimonio del ilustre benedictino P. Gerónimo de Feijóo en su **Teatro Crítico Universal** es prueba fehaciente de ello.

Hay otra información corroboratoria: la que surge del paralelo entre Peralta y Dn. Carlos de Sigüenza y Góngora, honra y prez

de la cultura novohispánica del siglo XVIII. El, como nuestro don Pedro, destacó en México en toda clase de artes y ciencias; fue el foco de su cultura, al punto de asombrar a sus contemporáneos con sus cálculos, sus investigaciones, sus dictámenes, sus relatos y sus versos. Así aparece del libro del mejor estudioso de Sigüenza, Irving A. Leonard, quien también es uno de los más ilustres eruditos en materias peraltianas y uno de los panegiristas de la asombrosa capacidad intelectual de nuestro sabio.

Es verdad que, tocante a la importancia literaria de Peralta han surgido dudas y hasta graves censuras. Uno de sus censores más decididos fue don Marcelino Menéndez y Pelayo (4), mas este mismo que nunca apreció el gongorismo, al que consideraba excrecencia o "muladar", rinde homenaje a las dotes de autor teatral y, desde luego a la ciencia de Peralta. Las discrepancias se refieren al estilo, y en ello no hay sino que decidir: o se gusta del barroco o no se gusta de él.



Biblioteca de Letras «Jorge Puccinelli Converso»

(4) Menéndez y Pelayo, "Historia de la Poesía hispanoamericana" tomo II, Madrid, 1913.